

# ÁNGEL MORTAL:

## Los cuatro ámbitos

ANDREA ALIAGA



**endira**

Grupo Editorial Endira México, S.A DE C.V

Ángel mortal: Los cuatro ámbitos

Primera Edición, 2014.

© 2014, Andrea Aliaga.

D.R. De esta edición.

© 2014, Grupo Editorial Endira México, S.A de C.V.

Boulevard Centro Industrial No. 26, Industrial Puente de Vigas,

C.P. 54070 Tlalnepantla de Baz, Estado de México.

Teléfono: (55) 5363-7614

[www.endira.com.mx](http://www.endira.com.mx)

Queda prohibida la reproducción directa o indirecta, total o parcial de esta edición así como la explotación de la misma, sin autorización escrita del editor.

Impreso en México.

ISBN: 978-607-8035-69-4

Diseño: Erik Gastón Sánchez Basurto

Ilustraciones: Andrea Aliaga

Página web Andrea Aliaga: [andreaaliaga.com](http://andreaaliaga.com)

Para descargar material adicional relacionado con esta novela, visita: [andreaaliaga.com/extras](http://andreaaliaga.com/extras)

Para mayor información, visita:  
[www.endiraliteraria.com](http://www.endiraliteraria.com)

¿Tienes algún comentario, duda o sugerencia?

Escríbenos a: [lectores@endira.com.mx](mailto:lectores@endira.com.mx)

# Índice

Prólogo .....	9
Capítulo 1 .....	13
Capítulo 2 .....	17
Capítulo 3 .....	23
Capítulo 4 .....	29
Capítulo 5 .....	31
Capítulo 6 .....	41
Capítulo 7 .....	45
Capítulo 8 .....	51
Capítulo 9 .....	55
Capítulo 10 .....	61
Capítulo 11 .....	65
Capítulo 12 .....	67
Capítulo 13 .....	71
Capítulo 14 .....	75
Capítulo 15 .....	79
Capítulo 16 .....	81
Capítulo 17 .....	87
Capítulo 18 .....	89
Capítulo 19 .....	93
Capítulo 20 .....	97
Capítulo 21 .....	101
Capítulo 22 .....	105
Capítulo 23 .....	109
Capítulo 24 .....	115
Capítulo 25 .....	119
Capítulo 26 .....	123
Capítulo 27 .....	127
Capítulo 28 .....	131
Capítulo 29 .....	135
Capítulo 30 .....	139
Capítulo 31 .....	143

"Sus largos rizos  
dorados rebobaban a su alrededor  
mientras ella corría, tomando  
mi mano con fuerza.  
Básicamente me estaba  
arrastrando por el  
"Basque"



ABMER E ETHAN

# Prólogo

ETHAN

—Vamos, corre. No querrás estar en el bosque al caer la noche, ¿o sí? —dijo ella con su dulce y aguda vocecita. Sus largos rizos dorados rebotaban mientras corría tomando mi mano con fuerza; básicamente me estaba arrastrando por el bosque.

Al cabo de un rato llegamos a una cueva en la que a duras penas cabrían tres adultos, siendo niños de seis años nos parecía que el mundo entero cabía ahí.

Ella fue al rincón más oscuro y sacó una caja que yo no podría haber cargado solo ni aunque mi vida dependiese de ello. La caja era color rojo y contenía un montón de chucherías, de esas que tienen las niñas guardadas y que no les gusta que los demás vean. Amber empezó a hurgar entre las cosas de la caja, buscando algo.

—Aquí está —dijo por fin, triunfante, sacando un pequeño cuchillo con mango rojo cuya navaja era blanca, como marfil. Había visto esos cuchillos antes, en el despacho de papá. Él tenía muchísimos de esos pero ninguno tan bonito—. ¿Te gusta? —me preguntó sonriendo. Yo me limité a asentir con la cabeza vagamente—. Qué bueno, porque es tuyo —dijo ella y me lo dio con cuidado.

Tomé el arma entre mis manos como si se fuera a romper y la miré a los ojos. Entonces me acordé de lo que debía decirle, la razón por la que la había ido a visitar ese día. Mi sonrisa se borró y miré al suelo.

—¿Pasa algo? —me preguntó, aparentemente preocupada. Asentí con la cabeza.

–Sí... –La oí acercarse y me apuré a agregar–: Estoy bien... sólo... sólo que yo venía a despedirme... –dije sintiendo mis ojos humedecerse.

–¿Despedirte? –preguntó Amber, confundida. Asentí de nuevo.

–Nos vamos del pueblo. No sé a dónde... pero te traje algo –respondí y saqué de mi bolsillo una cadena de plata de la que pendía una pieza de ámbar completamente limpia–, ámbar, como tu nombre... me pareció que te agradaría... –Entonces sonrió.

–Es muy bonita –me dijo y la tomó. Luego me abrazó–. Gracias... –susurró en mi oído.

Escuchamos que alguien se aproximaba, era la madre de Amber. –¡Escóndete en lo oscuro, no puede verte aquí –dijo ella empujándome al fondo de la cueva.

Tenía razón. A sus padres no les gustaba que nos frecuentáramos. Los míos francamente no tenían idea de que nos juntáramos. En realidad yo dudaba que supieran mi edad o el día de mi cumpleaños.

Anne, la mujer de ojos verdes y cabellos como los de Amber, se acercó y la tomó de la mano.

–Vamos, cielo. Pasó algo malo, tenemos que ir a casa. No salgas hasta que te diga –explicó y se la llevó. Amber me miró una última vez y se despidió con la mano discretamente tras guardarse la pieza de ámbar en el bolsillo. Agité mi mano de vuelta y la miré alejarse. Regresé a mi casa y poco después nos fuimos del pueblo durante la noche.

Con nosotros venían dos de esos seres, aquéllos que se suponía debíamos odiar, aquéllos semejantes a ella. Ángeles. Mi familia está llena de cazadores de éstos. No había nada que pudiera hacer en ese momento, pero ahora... ahora las cosas cambiarán. Lo único que debo hacer es encontrarla. Ella podrá ayudarme.





AMBER



# Capítulo 1

AMBER

—Amber, creo que no entiendes mi punto —dice la insoportable directora, dando vueltas a mi alrededor como buitre—... es la quinta vez en la semana que te mandan a mi oficina y es martes —comenta. Yo ruego los ojos. Claro que lo entiendo, esa vieja asquerosa es la que no entiende nada. Los estúpidos profesores me sacan de clase porque no les gusta que ponga a prueba su limitada inteligencia. Quizá yo soy la única en toda la sala que de verdad pone atención y por eso soy capaz de debatirles, ah, pero eso es incorrecto ¿no? Poner atención y saber cuándo uno de esos orangutanes súper desarrollados se equivoca es una cosa mala que debe ser corregida. Idiotas.

La directora ahora me dice cosas a las que yo no pongo ninguna atención. Me sé el discurso de memoria, no necesito escucharlo de nuevo. Me lo sé tan bien que, sin escuchar ni mirarla a los ojos, asiento cuando se requiere. Una vez que dejo de oír su letanía, suspiro pesadamente.

—Con todo respeto, no es mi culpa que sus empleados estén mal preparados, profesora —murmuro.

—Mejores profesores no puedes tener, niña. Ahora deja de hacerte la que todo lo sabe y acepta tu error —dice ella mirándome fijamente. Yo ni siquiera la miro. No me interesa hacerlo.

—No tuve ningún error. El profesor, en su afán de tener la razón, buscó la respuesta en internet y, al comprobar que su respuesta era incorrecta, me mandó aquí por “mi insolencia” —le respondo, cansada de este juego.

—Tienes que aprender respeto, ¿sabes eso, Amber? —dice la directora. Entonces alguien toca la puerta, para mi buena suerte. Si es algo más importante que yo, y seguro lo es, estoy librada y

podré leer el resto de la hora o hacer algo más productivo que discutir lo que ya se discutió incontables veces. Una mujer baja y regordeta que reconozco como la coordinadora entra en la oficina.

—Directora, este chico es nuevo y necesita alguien que lo guíe por la escuela el resto del día —dice ella con voz chillona e insoportable. Entra alguien más y volteo a mirar.

Un chico alto y un tanto desgarbado está ahora en la oficina. Su cabello es negro como el ébano, un poco rizado y desarreglado y sus ojos de un color que no se decide entre el verde esmeralda y el azul turquesa. Esos ojos los he visto antes, estoy casi segura. Entonces noto que me sonrío y aparto la mirada furtivamente.

—Amber lo hará —oigo decir a la directora—. No tiene nada que hacer ahora que la sacaron de clase.

La miro, comenzando a enojarme. Esa mujer me quiere mandar a caminar sola con este tipo. ¿Qué clase de estupidez es esa? La regordeta coordinadora parece estar de acuerdo. “De pie, querida”, me dice, caminando hacia mí, arrastrando al chico tras ella. Yo obedezco por simple formalidad, no me queda de otra, no quiero un reporte por mala conducta.

—Este joven de aquí se llama Ethan —me dice, como si fuera estúpida o algo parecido.

—Ya veo... —respondo.

—Ethan, ella es Amber. Apuesto a que se van a llevar muy bien —sonríe falsamente y sale de la oficina. La directora nos mira un momento.

—Bueno, ¿qué esperan? Afuera la escuela es grande —dice abriendo la puerta. Ethan, haciendo gala de una enorme caballerosidad, me deja pasar antes.

—Gracias —murmuro levemente, sin mirarlo. Ethan... ese nombre también lo he escuchado antes, pero ¿dónde?





ETHAN

# Capítulo 2

## ETHAN

Tan pronto la veo, sé quién es. En cuanto me mira, no puedo evitar sonreírle. ¿Soy yo o es más bonita de lo que la recordaba? Aunque hay una diferencia: ya no sonrío. Su voz es fría y áspera. Su cabello está más desordenado, ya no son caireles que rebotan cuando camina, son rizos sin forma. Eso la hace parecer peligrosa, indomable. Sus ojos, antes brillantes y alegres, ahora tienen una permanente sombra de algo que bien podría ser odio. ¿Hacia quién? No lo sé, tal vez hacia todo lo que la rodea. ¿Hacia mí? Probablemente.

Por más que intento enviarle señales cuando nos presentan y al salir de la dirección, ella no parece tener idea de quién soy. Al menos me da las gracias cuando la dejo pasar por la puerta antes que yo. No me mira. Sus ojos están fijos al frente. Su postura no ha cambiado desde que la conocí, siempre erguida, segura, sólo que en vez de parecer tierna y abierta como antes, ahora se ve peligrosa, indescifrable. Me pregunto qué le habrá pasado para volverse así. Dudo que me lo diga.

Me lleva por el largo pasillo principal, con lockers a ambos lados y puertas que tienen el título de la materia que se imparte en cada aula. La escuela más parece un hospital: todo es blanco y limpio y raro. Cuando era niño, jamás entré aquí. Es la preparatoria del pueblo, claro que no podía entrar en ese entonces. Sin darme cuenta, de nuevo la estoy mirando. Camina muy rápido, casi se desliza por el pasillo y a mí me cuesta trabajo seguirle el paso.

Gira a la izquierda y yo tengo que trotar para alcanzarla. Al final del pasillo hay dos grandes puertas de madera. Ya sé lo que hay

detrás antes de que lo diga. “El gimnasio”, comenta, con su voz fría. Cruza las puertas y yo tras ella. Casi se me cierran en la nariz. Ella tiene la gracia de una bailarina profesional y yo... bueno... mi gracia equivale a la de una piedra.

El lugar es grande. El piso es de madera y está dividido en dos partes: una cancha de basquetbol y otra de voleibol. Las gradas son muy altas, podría caber todo el cuerpo estudiantil ahí arriba. Amber sale de la habitación y yo voy tras ella, casi tropezándome con mis propios pies. Después me lleva a los jardines del colegio, la cancha de futbol, el laboratorio de ciencias. Casi no pongo atención a sus descripciones, estoy muy ocupado mirándola, preguntándome cómo es que se volvió tan seria y tan fría. También me pregunto cómo es que no me recuerda si yo la recuerdo a la perfección.

Lo sé, soy un poco estúpido. No me di cuenta, pero quizás esperaba ver a la niña de seis años que conocí. Siempre había sido reservada, no tenía muchos amigos ni siquiera en ese entonces. Al menos tenía a sus vecinos, un grupo simpático de ocho hermanos. Nunca los conocí muy bien, pero ella hablaba bien de ellos, en especial de Rose, una niña de nuestra edad. Solían pasar el día juntas. Se me ocurre preguntar si conoce a alguna chica con ese nombre.

Su respuesta es de lo menos esperado:

—Sí, la conozco, y te aconsejo mantenerte lejos de ella. Es una víbora rastrera y traicionera —dice con voz fría, no fría como los últimos quince minutos, sino como un balde de agua con hielos en la cara. Al menos es una respuesta ¿no? Bien pudo haber dicho nada y eso quizás habría sido peor. Entonces volteo a verla y noto verdadera ira en su expresión.

—¿Qué te hizo ella? —pregunto, intentando parecer amable y simplemente curioso, tal vez la peor idea que he tenido hasta ahora. Me lanza una mirada que bien podría haberme hecho cenizas en un segundo.

–No es asunto tuyo –dice entre dientes y mira al frente. No pregunto nada más. Prefiero quedarme con la duda a ser psicológicamente pulverizado de nuevo. Juraría que sus ojos acaban de destellar en un tono rojizo. Nunca le gustaron los metiches.

Suspiro pesadamente y la miro de reojo.

–¿Ya te dieron tu horario? –me pregunta, sin expresión en su voz y sin mirarme.

–Aún no... –murmuro en respuesta.

–Debo avisarte: los profesores tienen una especie de retraso. Todos y cada uno de ellos. Tal vez no lo notes, nadie lo nota, pero creí que debías saberlo –me dice, sin sonar tan fría como hace unos segundos. Bueno, al menos me aconseja... creo...

Suena la campana. Ella suelta un pesado suspiro.

–Educación física... bueno, esa la tomamos todos juntos, así que creo que puedes venir conmigo –dice con pesadez. No sé si lo que le desagrada soy yo o la clase que sigue, pero prefiero pensar que es la clase.

Se levanta y yo la sigo en silencio. Llegamos al gimnasio para encontrar a todos los de nuestro grado dentro, probablemente unos sesenta chicos, tal vez más, todos de dieciséis años, excepto por una niña en un rincón.

Su largo cabello castaño caramelo cae sobre su espalda amarrado en una coleta de caballo. Está sentada en una de las gradas y no parece muy alegre de estar ahí. Tendrá ¿qué? ¿unos catorce años cuando mucho? Está claro: es una de esas niñas superdotadas que se brincan años. Entonces, logro reconocerla. Claro, la última vez que la vi era una bebé de tres años de edad.

Se trata de Danielle, la hermana menor de Amber. Entonces noto que vamos caminando directo hacia ella. Volteo a mi alrededor

y veo a un par de chicos alejados del grupo: una chica y un chico de la misma estatura. Él tiene cabello castaño y ella es rubia, ambos con brillantes ojos verdes. Rose y Kyler, los que solían ser amigos de Amber. Rose, a juzgar por lo que trae puesto, es una porrista. Se le ve bien, pero solía ser más linda con vestidos de niña bonita y el cabello suelto que con ese uniforme. Ambos parecen, también, algo lejanos al grupo.

Amber está ahora con su hermana. Parece mucho más dulce y cálida cuando habla con ella. Ahora que Danielle está en un ambiente de gente más grande, quizás se han unido más. Me sorprendo sonriendo un poco.

Entonces entra el profesor, haciendo sonar un silbato. El hombre es imponente, mide cerca de dos metros y es robusto, aunque no realmente gordo, sólo fuerte. No le puedo ver los ojos, ya que están cubiertos por gafas de sol. Da un poco de miedo y, al parecer, a los otros también les aterra, ya que el gimnasio entero cae en silencio al sonido del silbato y las sesenta cabezas voltean a mirarle. Él nos recorre con la mirada... o eso asumo, ya que no le veo los ojos. Su escaneo se detiene y supongo que me mira a mí.

Mi suposición se confirma cuando camina hacia mí. Diablos, sí que da miedo el tipo. Siento que me va a aplastar o algo así.

—¿Chico nuevo? —me pregunta. Su voz da tanto miedo como el resto de su persona. Asiento nerviosamente. Todos me miran—.

¿Nombre? —pregunta.

—E-e-e-ethan, señor... —tartamudeo. El hombre ríe divertido.

—¿Cuántas E's lleva eso? —pregunta. Trago saliva.

—Una... s-señor... —respondo.

—Apellido —pide el hombre.

—Keith —me las arreglo a responder sin tartamudear. Amber entonces me mira, sorprendida. Creo que me ha reconocido. Bueno, ya era hora...



Pero su mirada, cuando se le pasa la sorpresa, no es muy alegre; es más como de odio, aunque, ahora que lo pienso, a todos mira de un modo similar. Se vuelve para hablar con su hermana. ¿Me habrá reconocido? Dudo que haya sabido mi apellido en ese entonces. ¿Qué la habrá hecho reaccionar así? Supongo que lo descubriré luego.

La clase sigue su curso. El profesor es estricto y parece tenerlos a todos en forma, ya que hacen los ejercicios con una facilidad que me parece impresionante. Soy el más lento y menos atlético de la clase, lo mismo que en mi casa. Por eso sé que no soy un Guerrero. Verán, soy un Cazador de ángeles y hay cinco tipos de nuestra “especie”:

Los Líderes, como mi papá, realmente no hacen más que formar estrategias, como a dónde ir y a qué ángeles atrapar. Son los más fuertes, valientes y aptos del grupo. También son los que tienen menos escrúpulos.

Luego los Guerreros, los que salen a apresar a los ángeles. Ellos hacen el trabajo pesado, son tipos realmente fuertes y son buenos con las armas. Mis hermanos mayores, Drew y Deanna están en ese grupo.

En tercer lugar se encuentran los Rastreadores. Ellos tienen una especie de poder sobre la esencia de los ángeles. Pueden oler su magia en el aire. En su mayoría son mujeres, como mi madre, Marissa, y mis hermanas Amanda y Leah.

Como siguientes en la cadena están los Supervivientes o Naturales. Ellos también tienen una especie de poder, se conectan con la naturaleza y les es fácil encontrar recursos como agua, comida y refugio. También rastrean ángeles de vez en cuando. Mi tío Joe es uno de ellos.

Por último los Investigadores, el último eslabón de la cadena. Son muy listos, pero realmente no saben hacer mucho, así que están encerrados en un laboratorio, haciendo las armas y analizando a los ángeles presos. También se encargan de alimentarlos. En realidad son los más gentiles. Mi hermana Alice es una de ellos, apenas está aprendiendo, pero sabíamos que estaría ahí desde que tengo uso de memoria.

Se preguntarán dónde estoy yo. Bueno, nadie lo sabe. Sabemos que no soy un Guerrero, ni un Líder. Soy bueno rastreando ángeles desde niño, ahí tienen a Amber, pero soy pésimo buscando comida, incluso en mi propia casa. También soy muy listo y a veces veo cosas que ni los Investigadores más experimentados alcanzan a ver, pero dicen que soy demasiado suave con los presos. Supongo que algún día lo sabrán. Por ahora me tienen de Rastreador con las niñas. Mis primas en realidad no me agradan. Son unas presumidas.

Toca la campana y yo, aunque hice todo mal, estoy más mojado que si me hubiera dado un chapuzón en un lago. El profesor nos manda a las duchas (gracias al cielo) y todos obedecen su orden, así que yo sigo al torrente de chicos hacia los vestidores. En cuanto entro, lo único que oigo es la insoportable voz de Kyler alardeando. Si bien se ha agravado por la edad, es inconfundible. Esa manera en la que casi escupe cada palabra y su tono altanero, como si fuera la cosa más genial del mundo. No presto atención a sus palabras, la verdad no podría importarme menos.

Yo, muy en mi asunto, me meto a la ducha y luego me cambio. Vuelve a tocar la campana para la hora del almuerzo y suelto un pesado suspiro. Dudo poder sentarme en la mesa de Amber; tal vez Aaron, el hermano mayor de Amber, sí me recuerde y no me puedo arriesgar. Tendré que sentarme con mis primas.